EL LAUREL

DE

LOS LAUREADOS

PASO DRAMÁTICO

ESCRITO PARA HONRAR LA MEMORIA DE JULIAN ROMEA

POR

EDUARDO BUSTILLO





MADRID
1872
IMPRENTA DE JOSÉ NOGUERA
calle de Bordadores, núm. 7

Escribí este "Paso" muy pocos dias despues de la muerte de mi inolvidable amigo, el gran artista, acaecida el dia 10 de Agosto de 1868. Al escribirle no tenia deliberado propósito de que se representase y tampoco quise rebajar el mérito de otros eminentes actores que aun honran la escena española.

Las empresas de los dos principales teatros de Madrid se decidieron entonces á rendir un solemne tributo á la memoria de Julian Romea, y algunos compañeros de letras me movieron á ofrecer mi obrilla á una de aquellas, que al fin dejaron en proyecto su pensamiento laudable.

La sociedad de jóvenes actores del teatro de Lope de Rueda llegó en 1870 á anunciar en sus carteles la funcion conmemorativa en que mi "Paso" figuraba y que hubo de suspenderse por lamentables circunstancias.

De las que despues han ocurrido sobre el asunto tampoco quiero hacer mencion alguna, puesto que, apesar de ellas y apesar de todo, vive y vivirá la memoria de Romea.

El Autor.

PERSONAJES

El Génio.
Calderon.
Lope de Vega.
Lope de Rueda.
Agustin de Rojas.
D. Francisco de Quevedo.
D. Eleuterio Crispin de Andorra.

ACTO ÚNICO

El paso tiene lugar en una mansion imaginaria de las glorias del Teatro Español. En el fondo una balaustrada figurando mármol y que toma de un estremo á otro de la escena: debe descubrirse un paisaje bello y muy rico de luz. Al levantarse el telon, el GÉNIO aparece con una mano apoyada sobre el hombro de CALDERON. Ambos manifiestan escuchar con inquietud. Se percibe claramente, aunque á lo léjos, el ruido de los aplausos y «bravos» de un público entusiasmado, y alguna vez el nombre de «ROMEA» en medio de la ovacion, cuyos rumores se van extinguiendo, hasta confundirse con los primeros sonidos de la campana que dobla y con las notas de una marcha fúnebre, que van lenta y gradualmente apagándose.

ESCENA PRIMERA.

EL GÉNIO, CALDERON.

GÉNIO. ¿Has oido, Calderon?

CALD. (Alzando la frente que, como EL GENIO, habrá inclinado con tristeza al oir los ecos fúnebres.)
¡Oh! ¡si! No me maravillo;
que ya sé, Génio, al oillo,
que *los sueños sueños son.*

GÉN. ¡Qué unidos á esta mansion
manda esos ecos el mundo!
Apenas mis glorias fundo

en glorias allá logradas,
cuando las siento amargadas
por el dolor mas profundo.

CALD. Tan breve instante es la vida,
que va el hombre á su destino
tocando el fin del camino
desde el punto de partida.
Pues ni á tus hijos olvida
la muerte, sereno advierte
que cuando mas les divierte
de sus triunfos la memoria,
el mejor sueño de gloria
parece un sueño de muerte.
—Yo larga vida gocé
tu fuego sintiendo en mí:
pero cuando la medí
por los sueños que forjé,
corta mi vida encontré,
del arte en el claro espejo
viendo, al brillante reflejo
de los laureles que ciño,
que era por el arte un niño
aun muriéndome de viejo.
—HADO y DIVISA escribia,
cumplidos ya los ochenta,
y olvidar la larga cuenta
de mis años conseguia.
Aun tu vivo ardor sentia
de la edad rompiendo el hielo;
y mientras alzaba el vuelo
con sus ficciones mi mente,
era el mismo adolescente
que forjó EL CARRO DEL CIELO.

GÉN. Del génio es esa virtud;

aun por ella lauros cobras
y ves que gozan tus obras
de una eterna juventud.
Y asi, crece tu inquietud,
dobla mi profunda pena,
desde esta region serena
viendo morir al que hacia
que reinases todavía
con tus obras en la escena.

CALD. ¡Sí, con mis propias ficciones!
—Y él... no, no puede morir!.
Mas ¿quién le hará revivir
con sus mismas creaciones?
Su verdad en las pasiones,
su accion, su gesto, ¡su idea!.
¡Oh! no, no cabe Romea
en el humano pincel,
y creo muerto con él
mi *Alcalde de Zalamea*.
—Del famoso comediante
¿qué queda que al mundo asombre
en otros siglos?

GÉN. (Con entusiasmo) ¡Su nombre!

CALD. Pero el nombre no es bastante.

GÉN. Su recuerdo palpitante,
del arte escrito en la historia;
de su gloria la memoria!..

CALD. ¡Ah! ¡si el mundo, en sus locuras,
supiese las amarguras
que cuesta alcanzar la gloria!
Muchos, á los resplandores
de la creada belleza,
ven del génio la grandeza,
pero nunca los dolores.

Hallan sus triunfos mayores
cuando le envidian quizás;
pero si, lo que hay detrás
del triunfo, vieran serenos,
al génio envidiaran menos
y le admirarian mas.

GÉN. (Mirando hácia la izquierda).
Aquí ya frey Lope llega.

CALD. Tráigale en buen hora el cielo;
que su parte en este duelo
toca al gran Lope de Vega.

GÉN. Su semblante no lo niega,
bien claro muestra el pesar.
(Da algunos pasos hácia la derecha, contemplando á LOPE que sale por la izquierda y le detiene con la accion antes que con la palabra.)

LOPE. ¿Solos nos vas á dejar?

CALD. Llorar debes con nosotros.

GÉN. En donde os halleis vosotros
no puede el Génio faltar. (Váse por la derecha.)

ESCENA II.

CALDERON. LOPE DE VEGA.

LOPE. Si en toda ocasion, don Pedro,
con vos platicar me place,
fuera, en ocasion tan triste,
mi pena mucho mas grave,
si no pudiera mi espiritu
con el vuestro aquí gozarse
en muy preciadas memorias,
aunque ellas sean la llave
con que, donde entre la dicha,
de entrar las penas acaben.
Bien como el que pierde un hijo

goza en que del hijo le hablen,
aunque al amor del recuerdo
la honda herida se dilate.
Y á fé que no es nuestra pena
por el que al fin logró alzarse
desde la miseria humana
á estas dichas celestiales
que aquí del Señor pregonan
la bondad inagotable.
Por él tanta es la alegría
cuanto el duelo por el arte.

CALD. Verdad es.

LOPE. (Con ardor.) La verdad solo
es luz con que el génio sabe
revestir sus creaciones
de bellezas inmortales:
y al pueblo con ella innunda,
y le encanta y le persuade,
y el fuego le comunica
de sus divinos arranques.
A tanto alcanzó Romea,
el que en el teatro altares
alzó á la verdad y supo,
aun sintiéndose cadáver,
á obras que encontró sin vida
la de su númen prestarles,
mostrando al senado absorto
que el que gran ingénio nace,
donde quiera deja impreso
de su grandeza el carácter.

CALD. Bien se advierte que ha seguido
vuestro espíritu incansable,
en su carrera de triunfos,
al célebre comediante.

LOPE. Vos conmigo le seguisteis:
de él cuanto de vos habladme;
que el que en el teatro reina
con sus discretos galanes,
al honrar al digno intérprete,
tiene á sí mismo que honrarse.

CALD. Por tanta dulce memoria,
buen Lope amigo, escuchadme:
—Apenas de la materia
quedó roto el vaso frágil,
volviendo á la tierra el cuerpo
como al seno de su madre;
perdido el postrer suspiro
entre suspiros del aire;
gozoso de verse libre
de los hierros de su cárcel,
voló con ánsia mi espíritu,
como las águilas reales
que, al ver sombría la tierra
donde posan un instante,
faltas de luz y de espacio,
alegres vuelven á alzarse
y al sol de su propia esfera
llegan con vuelo arrogante.
—Halló su esfera mi espíritu
y, entre inmensos luminares,
la Luz que adoré pensando
mis *Autos Sacramentales.*
Y quizás porque atesora
tanto de divino el Arte,
y porque mi puro anhelo
por él no puede agotarse;
gozando en mi sueño siempre
venturas tan inefables,

que no hay pincel que las finja
ni humana voz que las cante,
al dulce impulso de un Génio
(mejor diria de un ángel)
á esta mansion suavemente
sentí, Lope, trasportarme.
—Vos me recibisteis.... Tanto
puede mi bien ponderarse,
pues la virtud y el ingénio
vinieron en vos á honrarme.
Alarcon, Moreto, Tirso,
Rojas, el *divino* Sanchez,
el famosísimo Rueda,
el donoso comediante
que aun aquí nos entretiene
con su *Entretenido Viaje*;
cuantos en nuestro teatro
tuvieron gloriosa parte
en aquellas de las letras
siempre felices edades,
con vos amistosamente
me rindieron homenajes
que, si bien inmerecidos,
por ser vuestros fueron tales,
que del mundo á honrar bastaran
las mas altas majestades.
—Juntos desdeaquí seguimos,
por prodigios adorables,
á la española Talia
en sus triunfos y desastres.
Pues hoy un ingénio insigne
sólo en la memoria cabe,
bien es que solo de glorias
por la alta suya se trate.

ESCENA III.

Dichos. RUEDA y ROJAS, que salen por la izquierda.

RUE. Seguid vuestro viaje, Rojas.
ROJ. Digo que Julian Romea.....
(Se interrumpe al ver á CALDERON y LOPE.)
Mas ved..... Calderon y Lope.....
CALD. ¡Oh, venid!
LOPE. En hora buena
llegad, Agustin de Rojas,
con el gran Lope de Rueda.
RUE. Los que llegan á vosotros
siempre en muy buen hora llegan,
aunque hoy el placer de hablaros
un grave pesar amengua.
LOPE. Grandes serán los efectos,
pues no es la causa pequeña,
en quien, cual vos, llevar supo
el teatro á propia esfera,
y á un tiempo fué con aplauso
representante y poeta.
RUE. Comedias y «pasos» hice;
poco alcancé con aquellas;
los «pasos» diéronme nombre
en las populares fiestas;
pero mis «pasos» pasaron,
quedaron vuestras comedias,
y ante el sol vuestro, hijos mios,
miradme apagada estrella.
—¿Hijos dije?..... (Muy conmovido.)
CALD. Y LOPE. (Con ternura.) Bien dijisteis.
RUE. Pues quereis vosotros, sea;
que aunque por mí nada valga
si tal ilusion me queda,

si puedo llamaros hijos,
no importa que á morir vengan
mis pobres glorias, pues gozo,
como padre, de las vuestras.

CALD. No en lo injusto el noble Lope
como en lo humilde se esceda;
pues hónrale nuestra patria
por lo que en sus tiempos era
y es hoy y habrá de ser siempre,
sin que su gloria perezca.
Que, aunque pasados tres siglos,
vuestros *Pasos* se celebran,
aun nos lo dicen los ecos
del «Corral de la Pacheca,» (*)
y mas los del que ahora, Lope,
vuestro ilustre nombre ostenta (**)
por respeto y por cariño
que en el Teatro os profesan
los que por su padre os tienen
y como á padre os veneran.
Su noble origen autores
y comediantes recuerdan,
y á impulso del mismo aliento

(*) Refiérese el autor á la funcion celebrada el 17 de Enero de 1856 en el Teatro del Príncipe para solemnizar el natalicio de D. Pedro Calderon de la Barca, y en la cual se representó el *Paso* de Lope de Rueda, *Las Aceitunas*, despues de *Derechos póstumos*, bellísima loa del Sr. Hartzenbusch, y entre los dos primeros actos de *La Dama Duende*.

(**) El Teatro de «Lope de Rueda,» nombre que debe el de la calle del Barquillo á la Sociedad de actores que, en 1870, puso allí en escena la preciosa comedia de Eguílaz, cuyo protagonista es el famoso autor y comediante, y en cuyo segundo acto encaja admirablemente el mismo intencionado *Paso* de *Las Aceitunas*.

que animaba al buen Romea,
aun con vivo afan estudian
y con puro amor conservan
las *Églogas* de la Encina,
las *Farsas* de Timoneda.
—Y pues realidades tristes
sueños gloriosos despiertan,
soñemos, Lope, soñemos,
cantando las escelencias
de aquel comediante insigne
que creó tales bellezas,
que al ver su vida sin vida,
pues quien se la dió no alienta,
ya sobre su propia tumba
parece que lloran ellas.

RUE. Pues mi sentimiento visteis,
permitidme que enmudezca;
que si, como vos, del génio
puedo admirar la grandeza,
para honrarle por la suya
quisiera tener la vuestra.
—El buen Agustin de Rojas
que, con pluma muy discreta,
de su *Viaje entretenido*
las impresiones celebra,
nueva relacion ha hecho,
y, por quien soy, que comienza
con mas verdad que la otra
que tanto me lisongea.

CALD. Cuente Rojas de su *Viaje*
lo que al propósito venga,
que aunque mucho bueno cuente
aun será corta la cuenta.

LOPE. «Caballero del milagro,»

si hacerlos hoy no pudierais,
bien podeis decir prodigios.
Roj. «Digo que Julian Romea,
»famoso representante,
»y en su tiempo buen poeta,
»empezó á poner la farsa»
de la verdad en la senda.
Y tanto á tan altos fines
desde el principio se acerca,
que, al verle sobre el tablado,
en encontradas escenas,
sentir dulces alegrías
ó desventuras inmensas,
sazonando agudas gracias
ó exhalando tristes quejas,
aun entre aplausos, suspenso
decir el pueblo pudiera
que ve ya la verdad misma
y no que se representa.
—Brillantes modelos tuvo;
pero el alma que se templa
al fuego del génio, pronto
con sus propias alas vuela.
Voló con sus propias alas,
y, sin temer competencia,
junto á sus mismos maestros
tanto se elevó con ellas,
que, dentro de una jornada,
distinguir difícil era
quién allí daba lecciones
de representar comedias.
Aunque autores de su tiempo
se las escribian buenas
y alcanzaba nuevos lauros

en cada comedia nueva,
el que, casi adolescente,
hizo ya versos que muestran,
con su ingénio, su cariño
á Garcilaso y Herrera,
busca de antiguos tesoros
las empolvadas riquezas
y, en sus manos, nuevo brillo
cobran las comedias viejas.
—Nuestras costumbres estudia,
en nuestro valor se templa,
vive con nuestros amores,
goza con nuestras pendencias;
y las calles de la Villa
cruzando en noches serenas,
á nuestros dichosos tiempos
su propia aficion le lleva
y, con rica fantasía,
inspirado finge ó sueña
un galan en cada bulto,
una dama en cada reja,
en cada luz una ronda,
en cada sombra una dueña,
en todo rumor espadas
y en su mismo aliento quejas.
Y en aquel mundo gozando,
mientras copia, pinta y crea,
con Lopes y Tirsos vive
y con Calderones reina.
—Génio que al viejo teatro
consagra todas sus fuerzas,
comprendiendo su carácter,
representando su idea,
mostrar pudo al pueblo todo

el valor de su grandeza.
Y así, noble caballero,
Sancho Ortiz de las Roelas,
á *La Estrella de Sevilla*
vuelve la luz de su estrella:
y así, en *Marta la Piadosa*
enfermo de conveniencia,
quien le vió fingir dolores
vióle sentirlos de veras:
García del Castañar
su noble altivez le presta
y aún mas valor en él halla
para vengar sus afrentas;
y, en fin, galan y discreto
en la *Casa con dos puertas*,
ninguna encontró cerrada
para su gloria y la nuestra.
—Mi relacion á este punto,
mas sin darle punto, llega;
ni he de decir que la acabo
aunque llegue á suspenderla,
pues sé que de tanta fama
no cabrá la voz en ella.

LOPE. Y á fé que, si la acabase,
su mayor milagro hiciera
el comediante famoso
que tantos hizo en la tierra.

RUE. *Viaje* largo es el de Rojas;
ni es mucho que tal suceda
si en el que fué su camino
tan altas glorias encuentra.

CALD. Bien es que tanto celebren
comediantes y poetas
al hombre ilustre que al arte

consagra su vida entera,
y aun por el dolor herido,
con triunfos del arte sueña
sin que el trabajo le rinda,
sin que el aplauso le aduerma;
que él sabia, combatiendo
sin un momento de tregua,
que el que al popular arrullo
desvanecido flaquea,
podrá gozar de la gloria,
mas no alcanza á merecerla.

ESCENA IV.

Dichos. EL GÉNIO.

LOPE. ¡El Génio! (Este sale por la derecha, volviendo el rostro para mirar hácia dentro como encantado, y viniendo al fin á colocarse entre CALDERON y LOPE.)

GÉN. Anegada en llanto,
contemplaba mi alma herida
cuán corta es allá la vida
de los que aquí viven tanto.
Y al ver, con el noble anhelo
que en mi espíritu se encierra,
mezquino espacio la tierra
para quien luz es del cielo,
en mis dulces ilusiones
alivio al dolor buscaba,
y al hijo muerto evocaba
en sus mismas creaciones.
Las ví; y aun mi luz inquieta
con amor vino á besar
lagraciosa y popular
figura de un gran poeta.

Que era él mismo decir puedo;
su rostro, su acento..... sí,
alentaba junto á mí
Don Francisco de Quevedo.

TODOS. ¿El?

GÉN. ¡Él! Triste, pero ufano;
«Soy—me dijo—aparicion
de un poeta y buen cristiano;
mas guarde silencio, hermano,
que aun temo á la Inquisicion.»

(Oyense grandes carcajadas hácia la derecha, por donde sale QUEVEDO que, volviéndose á mirar hácia dentro, dirá sus dos primeros versos.)

QUEV. ¡Chiton!....
Que aun temo á la Inquisicion.

ESCENA V.

Dichos. QUEVEDO.

GÉN. ¡Ved!

TODOS. ¡Quevedo!

QUEV. (Avanzando lentamente.) A todos pido,
si no cansado, rendido,
perdon que negar no pueden,
y diré, pues le conceden,
que «aqui estoy, porque he venido.»

CALD. A honrarnos. (Sonriendo.)

QUEV. Deudas no olvida
génio á quien honraron otros;
yo gano en esta partida,
pues sé que sabeis vosotros
que os honró quien me dió vida.
Y sabia, cuando entré
de la audacia con los brios
donde tal gloria se ve,

que entraba con muy buen pié,
aun á pesar de los mios.

GÉN. ¡Eres Quevedo! (Con entusiasmo)

QUEV. Ilusion:
mariposa que aun desea
la luz de tu inspiracion;
sombra de una creacion
que en sí misma se recrea.
Mas Quevedo al fin, y tanto,
que aun hoy que llorar me veo,
perdido el que fué mi encanto,
con mis chistes me apedreo
para sazonar mi llanto.
Y como el dolor existe,
sin que el buen humor se gaste,
hallo, á un tiempo alegre y triste,
que «una lágrima y un chiste
son un chistoso contraste.»
—Si en mi mismo no lo hallara,
viéralo en esas figuras
(Señalando hácia la derecha.)
que, del génio á la luz clara,
en sus propias cataduras
del mundo copian la cara.
¡Son brillantes creaciones!....
Tambien la muerte ha cobrado
tributo en sus perfecciones;
el Génio las ha evocado,
y llegan á estas regiones.
—Por su respeto sin tasa
quizás, no pasan los otros;
mas Quevedo hasta aquí pasa,
porque estando con vosotros
estoy en mi propia casa.

CALD. Bien decis; que, si ha llorado
vuestro poco amor quizás,
aun Talia no ha olvidado
que escribisteis con Hurtado
Quien mas miente medra mas.

QUEV. Pues, con perdon de Mendoza,
ya no apadrino la idea
que tanta mentira emboza;
pues, por la verdad, Romea
goza la gloria que goza.
—Ahi están sus creaciones;
si ellas la verdad no son,
nécios me pidan canciones
ó vuelva yo sin doblones
á San Marcos de Leon.
—*El hombre de mundo* es tal
estudio del natural,
que dicen cuantos le ven,
aunque esté pensando mal,
¡qué bien lo piensa, qué bien!
Guzman el Bueno, tan lleno
de amor, desgarrado el seno
por su patriotismo cruel!....
Romea dijo por él
cuánto le costó ser *bueno!*
Toribio de *El qué dirán*,
tan bien pinta los resabios
del asturiano patan,
que aun, al recuerdo, tendrán
muchos la risa en los lábios.
—Estas y otras, españolas,
en esa estancia primera
lucen ya sus aureolas,
y harto brillan ellas solas

sin las de raza extranjera.
Y vino de estas al frente
un *Súllivan* que el amor
y el honor de un modo siente,
que aun mintiendo por su honor,
nunca parece que miente.
Mas como en esta inmortal
mansion, sola y sin rival,
se alza mi España arrogante,
ni aun el inglés comediante
ha pasado del umbral.

RUE. Discreto hasta en eso fué.

QUEV. Al pobrete de *El Café*,
del ilustre Moratin,
he de mostraros al fin,
para salir como entré.
Quevedo, en su aparicion,
á un tiempo jocoso y sério
debe acabar su mision...
(Llegándose á los primeros bastidores de la derecha.)
Entre el buen don Eleuterio.

ROJ. ¿Qué os parece, Calderon?...
(Todas las figuras del cuadro se agrupan, con señales de la mas viva curiosidad.)

ESCENA VI.

Dichos. D. ELEUTERIO.

QUEV. Este es D. Pedro. (Mostrando á CALDERON.)

ELEU. (Deslumbrado, sin poder fijarse en CALDERON, y herido á la vez por el recuerdo de D. Pedro de Aguilar, de *El Café*.)
¡Qué escucho!...
Don Pedro, amigo del alma!

CALD. ¿Conoceisme?

ELEU. (Empezando á fijarse, pero siempre deslumbrado.)
¿Yo? Conozco...

QUEV. Si á conoceros llegara,
no escribiria comedias
quien las escribe tan malas.

CALD. No os turbeis.

ELEU. (Algo mas sereno.) Yo he conocido
á un Don Pedro de otra cara
y otra voz y que vestía
como yo, chupa y casaca.
Mas como Aguilar al cabo
es mi mayor esperanza,
pues me prometió sacarme
de la miseria estremada
que el público bondadoso
me ayuda á sentir con gracia,
silbándome mi comedia
aunque mi mujer la aplauda;
y como al fin, y sin duda
por mis pecados, no acaba
de cumplirme sus promesas,
pues ni mis deudas me paga
ni apaga mi hambre,—que dudo
cual es deuda mas sagrada,—
y como él es ya mi sombra,
sueño, ilusion, ó fantasma,
donde quiera que oiga el nombre
veré de mi hombre la estampa.

LOPE. Aunque sus duelos lastiman, (A CALDERON.)
su simplicidad me agrada.

CALD. Bien se vé, Don Eleuterio,
por vuestras mismas palabras,
que los efectos sentisteis
sin acertar con la causa.

Y pues fuera cruel decirla
y será piedad callarla,
seguid con afan la sombra
de vuestro amigo del alma,
soñando mejor ventura,
pues la mejor es soñada.
Y esperad toda la vida;
que la vuestra será larga,
y hasta en el ser que el ingénio
imagina, finge y traza,
parece mejor la vida
cuanto es mayor la esperanza.

QUEV. Y, entre tanto, ved, hermano,
que el amigo á quien hablabais,
sin poder llamarle vuestro,
es Calderon de la Barca.

ELEU. (Con énfasis y como seguro de lo que dice.)
El que hizo *El mejor alcalde*
y *El castigo sin venganza!*

CALD. Ved que estais robando á Lope.

LOPE. ¡Si así todos nos robaran!
Pero autores y libreros
más nos roban y aun maltratan.

QUEV. O estudiais en malos libros,
ó teneis memoria flaca.

ROJ. Recordad, don Eleuterio,
Guárdate del agua mansa,
donde Moratin sin duda
estudió su *Mojigata.*

QUEV. O aquella que, por su nombre,
parece que á voces llama
á los que, cual vos, ya dicen
que *Hombre pobre todo es trazas.*

ELEU. Don Pedro tiene la culpa;

mas de ella gran parte alcanza
á un don Julian por quien tanto
volver quise á las andadas.
—Siempre que, con mis papeles,
conmigo se presentaba,
¡qué aplausos, señor, qué aplausos!
y ¡cómo arrancaba lágrimas
y risas y .. ¡qué gran cómico!...
Allá murió; mas su fama
le trae aquí, y aquí espero
que pondrá fin á mis ánsias,
si me hace siete comedias
con que doy fiera batalla
al estudiante gallego
y á sus alforjas de marras.
—Y pues ustedes lo entienden,
oigan la soberbia entrada!...
(Sacando y hojeando una de las comedias.)

QUEV. (Interrumpiéndole.)
Buscar humilde salida
será mejor.
(Se oyen hácia la derecha grandes carcajadas.)
¡Ah! se encantan
unas á otras, y aun rien
donde ver pueden sus gracias.

CALD. Tambien llorarán en donde
á ver sus penas alcanzan:
la luz del génio es espejo
de la gran comedia humana.

QUEV. Con mi pié de entrada salgo.

ELEU. Dios guarde á todos.

LOPE. (Sonriendo.) Él vaya
con don Eleuterio y dele
en sus desdichas mas calma.

QUEV. Dejad, hermano, que os guie;
que el que trae tan ruda carga
de malos versos, tropieza
fácilmente en esta casa.

(Todos rien con la salida de QUEVEDO, y apenas desaparece, guiando á D. ELEUTERIO por la derecha, vuelven á oirse las carcajadas dentro. Suenan hácia el foro y á lo lejos las mismas notas fúnebres de la entrada del *Paso*, y las risas cesan, inclinando la frente con tristeza todas las figuras del cuadro.)

ESCENA ÚLTIMA.

EL GÉNIO. CALDERON. LOPE DE VEGA. RUEDA. ROJAS.

CALD. Trégua dan al regocijo
sus creaciones hermosas,
al oir los ecos tristes
de la patria, que le llora.
Que si aquí, al amor del Génio,
tal vez su vida recobran,
al santo amor de la patria
de su hermosura no gozan,
ni con sus gracias deleitan,
ni con su esplendor asombran.
—De aquel comediante insigne,
¿qué queda á España?....

(Aquí habrán cesado ya los sonidos de la marcha fúnebre, y se oyen los alegres de un himno que empieza no bien dice CALDERÓN "¿qué queda á España?" El himno, despues de decir el GÉNIO" ¿Oyes, Calderon?" sonará muy piano hasta el final.)

GÉN. (Con entusiasmo.) ¡Su gloria!
¿Oyes, Calderon? Son ecos
de músicas deliciosas,
de voces que no se apagan,
de gritos que no se ahogan,

y que solo el génio escucha
cuando pasan esas horas,
tan largas para el combate
y para el triunfo tan cortas.
—¡Ah! ¡no! Jamás en el mundo,
cuanto alcanza, el génio toca;
su vida entera es la lucha
y su muerte su victoria.
Solo de su tumba misma
el laurel eterno brota;
de su cadáver la estátua
que su grandeza pregona;
de sus cenizas el fuego
que ha de dar brillo á su historia!....
—Y pues la fama nos dice
que aquel que la España llora,
á nuestra esfera llégando,
busca ya su esfera propia,
comediantes y poetas
y sus creaciones todas
como á quien es han de honrarle.

Roj. Diérale yo la corona
de príncipe, pues ya el peso
de las de laurel le agobia.

Rue. Si mas no, menos no diera
que el gallardo galan Rojas,
el viejo Rueda, á quien tanto
sus buenos hijos remozan.
Y pues honra el que hoy espero
de su padre la memoria,
honrarle yo no pudiera
tanto como él mismo se honra.

Lope. Si de mi *Laurel de Apolo*
hallara frescas las hojas,

para hablar bien hoy, acaso,
siendo muchas, fueran pocas.
Y pues es fuerza que *El premio*
del bien hablar se recoja,
el corazon le merezca,
que hoy dice mas que la boca.

CALD. ¡Sí, Lope!.... Mas sabe el génio,
que tanto allá lo ambiciona,
que *es todo el poder prestado*
y á Dios vuelve, en quien lo adora!

(La actriz que representa el GÉNIO sale del cuadro y se dirige al público.)

—El *Paso* acabó. Perdona
sus faltas, pueblo, al autor,
pues al *Paso* da valor
la intencion de que él blasona.
Si es humilde la corona
por nosotros y por él,
sobre la tumba de aquel
que honra el español proscenio,
no hay un laureado ingénio
que no la añada laurel.

No veas la luz en mi
de aquel de inmortal destino,
del personaje divino
que he representado aquí;
ya del Génio, que fingí,
dejo las galas aparte;
y pues el amor del arte
no te habla en vano jamás,
yo, como artista no más,
voy de tus deudas á hablarte.

Con esa noble ambicion
de que no hay humana idea,